

# LUIS CHAMIZO: un poeta popular de

## EXTREMADURA

«Su padre fué tinajero y labrador; el poeta le heredó el oficio y la vida que tesoreramente plantara el padre en la joya de los buitres, de los lobos y los cuervos, en Valdareñas.»

Sus tinajas revolucionarias son cilíndricas, forma que rompe con la tradicional en las tinajas españolas, guardadoras de vinos y de aceite. Chamizo cultiva su viñedo y fabrica sus tinajas por los mercados va colocan

do su famoso producto de alfarero.

La relación vital con su tierra y con su pueblo se le sube a la emoción y se le vierte en versos espontáneos, de lenguaje y de sentires populares. En esto reside la fuerza y la belleza de su poesía.

¡Digán luego los pedantes que el pueblo es una bestia, digan los fariseos que el alma de pueblo sólo alienta bajas pasiones! Aquí está en

nuestros días Luis Chamizo y con Chamizo, el alma del labrador extremeño del fuerte conservador de la casta labradora, del "castúo", macho de las proezas de la conquista de América.

No sabemos si Chamizo es de la izquierda o de la derecha, lo cierto es que en su libro de poemas, salido de la entraña popular, que pinta la miseria del pueblo, sus dolores, sus ansias, sus ale-

grías, su religiosidad, está certeramente destacada la nota de rebeldía del labrador ante el amo dueño de la tierra; está anotada la tragedia del campesino extremeño, cuya esposa, de parto, tiene que cabalgar sobre la burra hasta el lejano pueblo en busca de la partera, y que da a luz en pleno suelo, al amparo de una encina, como si fuera una bestia; está expresada en los consejos del Tío Pancho, esa repugnan-

cia que siente el hombre jornalero por el viejo avaro libidinoso que busca casamiento con la fresca aldeanita pobre, ilusionándola con sus monedas estériles.

También aparece en los versos del poeta el buen humor del mañoso campesino y la ternura viril, la auténtica ternura del campesino, que es como una agua de fuente límpida cuya onda mana del propio corazón.

He aquí unos Versos del poeta Chamizo

### El porqué de las cosas

(Fragmento)

La esposa del segador para remediar su pobreza ha ido a recoger espigas caídas al campo; con alegría le muestra al marido un buen puñado de ellas; el marido

está iaciturno, arisco; ella le pregunta «el por qué de la cosa» Entonces éste, a su mujer en cinta del primer hijo le dice:

Mis ajogos mujé, no son pa dichos, que no puen esplicase m'aqueyo m' embuchara más palraos que tos los sacamuelas charlatanes. Mis ajogos se cuajan aquí dentro con negros cuajarones de mi sangre que me enturbian los ojos y me jieren lo mesmo que si fueran dos puñales, Y tú ties la culpa, ya lo dije, y to por nuestro mozo, ya lo sabes. Tú te vas a espurgá las rastrojeras, y en tres días ajuntas cuatro jaces, y contenta me vienes y me íces que tú barres pa lantre. Yo, que soy segaor, sé bien de cierto que mu pocas espigas se me caen, y yo dúo si espurgas los rastrosjos o las cargas que pillas por delante. Y esto ya no púe sé: esta es la jonra qu'al muchacho tenemos que dejagle más limpia que la cara de la Virgen, más blanca que la fló de les jarales, y al que quiera marchala me lo jundo

¡aunque sea su madre! Y no jimples que son fejuraciones y no fué mi decir pa molestase, que bien pudo segar en esa suerte por algún casual un prencipante. Y así y tó no quiero qu'arrebusesques las migajas qu' algunos se les caen, siquiera mientras llevas ahí metío nuestro mozo, porque eso es enseñale dende chico a doblar el espinazo y a vivi de las sobras de los grandes; y así saldrá sin fuerzas, sin agallas, sin brios, sin coraje, pa pescar el jocino y dir al corte pa llevarse a los hombres por delante. Ya no güelvas a di pa los rastrosjos. Ya no juntes más jaces, qu'el muchacho no viene pa escurrajas y me lo púes torcer al agachate. Porque mira, mujé, con esas cosas, ¿sabes tú lo que jaces? Pos le plantas el jierro de los probes, que no lo borra naide!

### Consejos de Tío Perico

(Fragmento)

No me jimples, no me jimples, mocosina; no te enfusques ni me fartes al respeto,— no reguñas, Carnación, ni esparrataques esos ojos, cuando yo te dé un consejo. Esos ojos que otros días me miraban chiqueninos, entornaos, zalameros, y ahora miran rencorosos y asustaos del sentir que llevas dentro y de l' honra de tu casta que derrumban esa jambre que tú tienes de dinero y ese orgullo mardecío, porque sabes que eres guapa, más que toas en el pueblo. Ya te ije que el noviazgo se'ha eschangao, que no quiero ya jaronas, que no quiero ni las jesas, ni las yuntas, ni los miles mal ganaos por el padre de Nocencio; que el suor que nuestras frentes esparraman pa ganar el cacho pan que nos comemos jiede a sangre corrompia si es que guerve a nosotros del arcón del usurero. Quiere un hombre de risños que te quiera, quiere un hombre con agallas, de los nuestros, d'estos hombres que despiertan las gallinas cuando salaen con los burros del cabresto, y en el campo despabilan las alondras agachás entre los surcos del barbecho, qu' esparraman sus chilríos d'amor cuando viene el sol gateando por los cerros, y se ajuyen las nebilnas y s'apagan las estrellas y la luna y los luceros.

### Fandango Xtremeño

I  
Contentete me puse y alborotao al sabé que mi suegra l'había diñao: pero mi mujé quiso que yo suñiera, y al parir a mi hija parió a mi suegra: ¡qué mala pata tienen algunos hombres, cuando se casan!

IV  
Yo tengo un burro grande, mu jaronazo, y una burrina nana qu'es como un rayo. Yo los miro y me ijo pa mis adrentos: ¡con lo güeno de ambos qué güen jumento! Mi compadre me ijo que los casara, que dambas cosas güenas púe que cuajaran. Y endispúes de casalos, salió la cría, más nana y más jaroná que la familia. Y a mi mujé le ijo san disimulo: «nosotros nos pasa como a los burros.»

Buenos y malos Tiempos

De Carlos Luis Saenz

## Un relato del Comandante

La sala es el departamento más lujoso de la casa provinciana, reservado para recibir, con la ceremonia del caso, a las visitas. Brilla su piso de ladrillos rojos, formando un elegante cuadrilado. Entra la luz por dos ventanas anchisimas, protegidas por sencillas rejillas de hierro. El papel que cubre las cuatro paredes es de color verde de hoja tierna y en él se repite geométricamente un dibujo idílico: una pareja de pastores bajo un tilo; la pastora, reclinada en la hierba, acaricia un corderillo engalanado con cintas; el pastor tañe una flauta; por el cielo rosa, vuelan blancas palomas.

Las sillas de petatillo están alineadas simétricamente a lo largo de las paredes, diciendo orden, respeto y buenas maneras; entre las sillas sobresalen unas perchas de mimbre, muy confortables. En el centro de la sala, como una isla florida, está la mesa negra de tablero de mármol. En ella un

florero, repleto hasta estallar, de flores rojas, amarillas, blancas: rosas, dalias, jazmines y camelias. Pendiente del cielo raso y exactamente sobre el florero se balancea la lámpara de petróleo, con su bella sombra nacarada, de forma de cúpula, de cuyos bordes cuelgan lagrimones de cristal prismáticos, en los que se irisa dulcemente la luz. Arrimada a una esquina hay una mesa pequeñita sobre la cual, protegidas de la intemperie dentro de bombas de cristal transparente y límpido, en una pequeña atmósfera de candidez celestial, se veneran tres imágenes de bulto, obra de santeros guatemaltecos o quiteños: una Purísima, un San Francisco Javier y un Crucifijo agonizante. Arrimadas a los vidrios de las ventanas, con

sus hojas abundantes vueltas a la luz, prosperan grandes y frescas begonias y helechos, que le dan a la habitación algo de placido ambiente de jardín.

Muy altos en las paredes, en marcos dorados, los retratos de los familiares muertos y bajo el retrato de la abuela dos regios quetzales disecados, chorreando el tinte esmeralda de sus colas.

Balancéandose en una perizosa, haciendo girar entre sus manos el retorcido bastón de puño de plata, el Comandante narra a los mayores una vez más sus recuerdos de mocedad, algunos de los cuales alcaza a coloridos de aventuras.

El rostro del comandante impresiona admirativamente por su bizarría. Es el uniforme azul oscuro, brilla la abotonadura dorada de su

guerrera, brillan las presillas sobre los hombros. Narra con voz varonil, un tanto enronquecida, pausada, de cuando en cuando un gesto de su mano acaba la frase; de pronto el relato hace un paréntesis, porque el narrador enciende un cigarro amarillo de humo oloroso a hoja de higo, dice:

Estábamos trabajando en el pequeño taller de zapatería de mi tío; eran como las nueve de la mañana cuando llegó un ordenanza del cuartel, gran amigo mío, porser: ambos galeros, y nos dijo: Muchachos, zátense; les averiguaron la cábula y si los agarran, no h y tu tía. Tiramos leznas y martillos; nos quitamos trapés y delantales y cada uno cogió para su casa a recoger diez y vestidos para escapar inmediatamente.... Una

chupada al cigarro coloreaba las facciones del Comandante. ¿A dónde? A cualquier parte, lo importante era ocultar el bulto. A los republicanos el gobierno nos tenía en raya. Sabía que éramos capaces de todo y no dormía más que con un ojo. Nosotros no estábamos dispuestos a aguantar más la tiranía, de manera que no nos andaban en consideraciones; al que pescaban complicado en un plan revolucionario lo apalaban sin misericordia o lo desterraban.

En casa dejé un recado a mi madre, que andaba en el mercado, y me escapé por el solar, a muy buen tiempo, porque ya un piquete de soldados nos buscaba en la zapatería. Salí de Heredia y cogí el camino para Zaragoza; camioé unos cuatro o

cinco días, durmiendo en los cafetales y en los potreros; comiendo un bocadillo en los ranchos donde me lo vendían. Pero el dinero se me acabó y el hambre aumentaba. ¿Vo veré a Heredia? ¡Ni pensar! Había que buscar trabajo por aquellos lugares y estar oculto siquiera uno o dos meses hasta que la cosa se hubiera olvidado un poco.

Bien entrada la tarde llegué un día a una casa. Estaba en medio de un potrero. Rodeábanla grandes corredores y se prologaba con un galerón atestado de leña y de corretas. Cuando llegué, dos muchachos y un viejo desoyugaban varias yuntas de bueyes. Vi que en aquella casa había boñiga en el patio y me animé a buscar la buena sombra. Entré al patio y salieron a ladrarme no menos de diez perros; saludé: «Buenas tardes, señoras;» los hombres entre dientes me devolvieron el saludo.

Pasa a la 6a. Pág.